



XVI

¡Piojosa!

- P**UE nó i que ya te iba, *Rumualda*?
— *Puede que la semana entrante.*
— *¿Y vaj á guto?*
— *¿Por qué nó? Buena paga, y sobre tóo, ir á Méjico!*
— *¿Y Pancho?*
— *Me ejperará; ansina me lo ha ofrecio, y de juro que cumple su palabra; ej mú formalote.*
— *¿No le tiene miedo al tifoss?*
— *Má se lo tengo á un dolor de costao.*
— *Que tengaj un felí viaje, y no te fiej que lo'jombres son uno mentirosój.*

* * *

Despidióse la amiga de *Rumualda*, y ésta siguió tendiendo la ropa sobre el verde *zacatillo* de la calle para apro-

vechar la solana de enfrente la casa donde la muchacha servía.

En la noche, después de recoger los restos de la cena, tirar las migajas, doblar el mantel y fregar los *trastes*, dijo Romualda á su ama:

—Señora Rita: liquideme *osté*, que *dende* mañana tengo que *alistar* mi viaje *pá Méjico*: siempre me voy á *cá el Diputáo*.

Doña Rita hizo ver á su fámula las peripecias del viaje; las probabilidades de una enfermedad en tierra extraña; pero ninguna objeción fué bastante á cambiar de idea á Romualda: se iba; quería conocer á Méjico; ver el desfile del próximo 16 de Septiembre; que, según le había contado su amiga Bernarda (cocinera de un rico hacendado costeño radicado en la Capital), era aquello del desfile grandioso y deslumbrante; tanta tropa vestida de gala, tanta gente peripuesta y bulliciosa, tanto coche, tanto grito y alborozo únicamente lo conocía en miniatura, gracias á los fantoches de los hermanos Rosete y Aranda, quienes, por la feria de Candelaria, dieron algunas exhibiciones; ella anhelaba fervientemente ver toda esa fiesta de tamaño natural; ser espectadora y actora á la vez en aquellas escenas animadas. . . . ¡Méjico! —pensaba jubilosa— ¡qué bonito ha de ser! Y ahora que se presenta *oportunidá* . . . ¿por qué no he de *dir*?

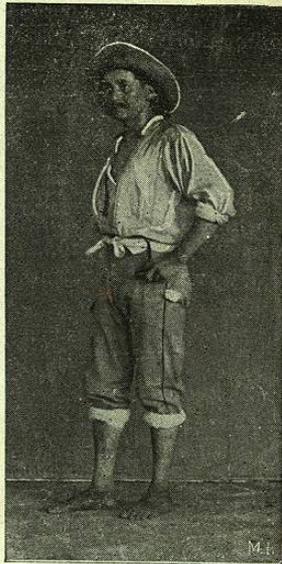
Con la cabeza llena de fantasías deslumbrantes y de espejismos irreales, arregló los preparativos del viaje; compró un pañolón de merino; un par de zapatos con alto y sonante tacón; horquillas para el *sorongo* (que desde Veracruz le haría la comadre Juana para que no la mofaran las vecinas); se cosió unos sacos de franela como pudo; á las amigas del barrio les dió por regalo de despedida las prendas de vestir que ya no usaría; á tía *Moncha* los zuecos; á Macaria las chinelas, nuevecitas, acabadas de comprar en el «Polo Norte» de don León R. Vázquez; á Petrona dos pañuelos de *nansú* con encajes á la orilla; á Pepa una peineta con pretensiones de cachirulo; á *Chona* una *soguilla* plateada de tres hilos; á *Concha* un abanico, que se conoce adornaron plumas merced

á unas cuantas que tenía ralas como las de pájaro que está en la muda; y así fué repartiendo, cual si pensara en morir-se y declarara á aquellas buenas gentes herederos *anómalo*s, para ahorrarse la renta del timbre y las diligencias de Juzgado, ó como si se trasladara á vivir en otro planeta; los objetos de menos uso y de más valor los vendió entre las vecinas que buscan con el adorno la ocasión de emperujilarse.

Cuanto á Pancho, le dejaba su cariño juntamente con un



pañuelo bordado de propia mano; una crencha de pelo, gruesa y enroscada, amén de un retrato de *cuero entero* (hecho por fotógrafo ambulante, de esos que no se desesperan ante los fenómenos de la luz solar ni atinan con las combinaciones de la perspectiva), con fondo bicolor, un tanto desteñido, la invariable silla á la derecha para apoyar la mano, en la figura una actitud con maliciosas intenciones de parecer manola, vislumbradas por lo terciado del rebozo y por el brazo puesto en jarra, el cual se trasluce entre el sutil tejido del rayado paño; y en los grandes y negros ojos una como radiante luz que ilumina y alegra y hermosea todo el conjunto. Pancho guarda este retrato clavado con cuatro alfileres en el fondo de la tapa del baúl, oliente á cedro por dentro y brillante de barniz por fuera; y lo reverencia cual imagen santificada allá en el recóndito culto de su acendrado amor.



Faltaba la parte sentimental del viaje: la despedida.

A Pancho le había avisado que se iba, aunque no le dijera cuándo.

Pancho—el cargador más laborioso de la cuadrilla del muelle—estaba perdidamente enamorado de la guapeza de Romualda, y Romualda correspondía de buen grado al cariño de Pancho.

Paréceme verlo: robusto sin musculación hercúlea; ágil sin ser delgado;

trabajador, diligente; siempre con los descalzos pies limpios por los continuos lavados en la orilla del río; el som-

brero de burdo petate levantado del ala delantera y echado hacia el cogote; el pelo negro, rizado, casi grenchudo, caído sobre la frente; la *chamarra* de manta, ó *mahón* azul, abierta de arriba, descubría un pecho poblado de abundante y negro vello; el pantalón arremangado hasta las pantorrillas, mondas de pelos por los rayos caniculares; las ropas zurcidas pero limpias, el trapo blanco, inevitable á todo cargador, arrollado á guisa de banda á la cintura como para ocultar el duro cáñamo, ceñido fuertemente, y el gancho, de mango de cuerno, metido entre los dobleces del trapo y la pretina del pantalón; de diario llevando sobre las abovedadas espaldas bultos enormes sin cansarse nunca, una especie de Atlas mundano cargando cotidianamente en los fornidos *lomos* el peso del trabajo... Pero llegaba el domingo, ó el día de la Ascención, ó el de la Guadalupeana, ó el del Jueves de Corpus, ó el del Jueves Santo, ó cualquier día de fiesta en que las campanas repican retozonas ó el cañón atruena recio, y Pancho se transfiguraba: al desteñido pantalón de *mahón* azul sucedía el de dril blanco, ó el de paño negro—según la temporada;—á la *chamarra* de manta, la camisa de irreprochable blancura; al trapo de cinto, la banda de seda roja ó amarilla; al sombrero *chipileño*, el de fieltro de color negro ó café; á la barba descuidada, el aliño del barbero; y de esta

trabajador, diligente; siempre con los descalzos pies limpios por los continuos lavados en la orilla del río; el som-



trabajador, diligente; siempre con los descalzos pies limpios por los continuos lavados en la orilla del río; el som-

manera, hecho un lechuguino del barrio *arriba*, se daba su paseadita por la casa de Romualda; allí las charlas en el corredor, las promesas, las ilusiones, las esperanzas—esas golondrinas de todos los cerebros, que lo mismo anidan en la testa del magnate coronada de diadema que en la cabeza del labriego circundada de rayos solares!

**

—¿Conque te *vaj*?

—*Pué de juro*; pero vuelvo: *ejpérame!*

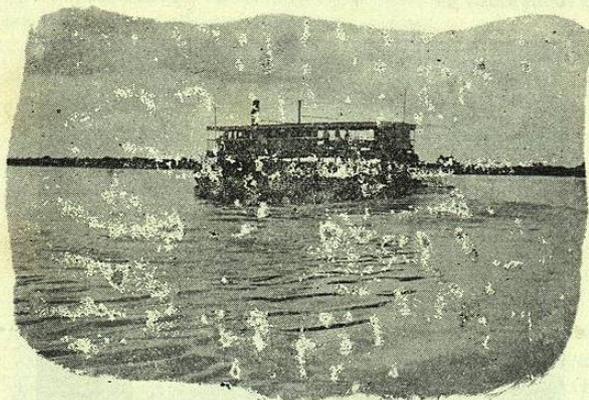
Y la novela se urdió en un periquete: Pancho heredaría el solar de su abuela, un perímetro de quince metros cuadrados que tenía por límites dos viejos y frondosos *apompos* de Oriente á Poniente, y la *culata* de la casa de tía Hesiquia y la esquina de la cerca de las Ordóñez por los restantes linderos; allí construiría con sus ahorros una casita de *guaya* techada de teja—ambición de pobre;—después vendría la engorda de cochinos y la cría de gallinas; se haría *anchetero* y cambiaría el gancho del cargador por el remo y la palanca de la canoa.....

Romualda, por su lado, también se echaba á cuentas galanas—y por cierto que no contaba con los dedos—á modo de tener parte en la propiedad, ayudando á reunir lo necesario para la construcción; de los diez pesos que iba ganando guardaría cinco mensualmente; compraría baratijas en México y las mandaría luego á su madrina para venderlas entre las amigas del barrio.

**

Y pitó el vapor; dió vueltas la enorme rueda trasera espumando la superficie antes tranquila del río; las palancas hicieron desatracar á la embarcación; giró en redondo, tomó rumbo y se fué rápida, en tanto que Romualda saludaba con

el pañuelo á Pancho, quien parecía un idiota contemplando la marcha del vapor de manera pertinaz, como si nunca lo



hubiera visto partir, cuando todos los días lo miraba salir de igual suerte y á la propia hora.

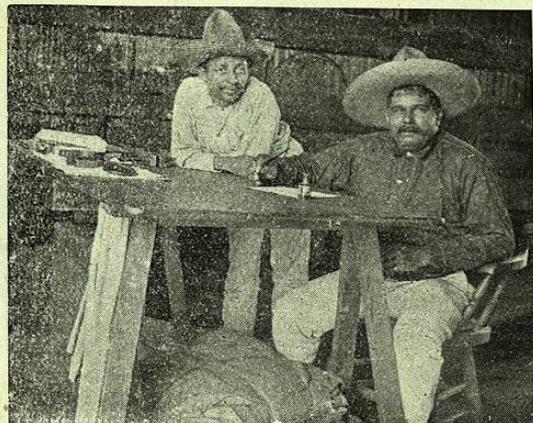
**

Pasaron meses: Pancho escribía á su *Romualda* cada vez que el capataz de la cuadrilla—en la cual trabajaba—tenía humor y tiempo de hacerle la carta; Romualda contestaba luego; mas el carteo fué siendo menos frecuente; sin embargo, á falta de cartas—ayunas de ortografía, pero hartas de mimos—le enviaba Pancho á Romualda *bocadillos de leche*, *empanadillas*, *marquesotes*, chocolate, pasta de guayaba; y el primer día de la Candelaria que pasó ausente de su novia, le remitió por *Express* un tenate con dos libras de *colación sin confites*, por el cual pagó de flete \$2.70 cs. ¡Los ahorros de toda una semana!

Las cartas faltaron por espacio de seis meses; el buen Pancho gastó \$2.42 cs. en un telegrama con *contestación paga*

da; creía que Romualda estaba enferma, ó que se había muerto; Pancho andaba por ello desalentado.

Romualda contestó pasadas veinticuatro horas, que se ha-



llaba buena y contenta; no obstante que el telegrama rezaba: «Recibido de México el 3 de Marzo de 1902 á las 10 horas y 11 minutos a. m.,» fué entregado á las 9 de la mañana del día siguiente.

La duda vino á tornar en amargos y negros los días de esperanza del bueno y constante mozo.

* * *

Romualda andaba de alto copete, con *tápalo* negro, *saco* de lana con coqueterías de corpiño aristocrático, zapatos con *puntera de charol*, paso menudito y cimbrador, y un dejo y un silbido y un ceceo en el habla que daba gana de soltar el trapo á reír al oírla chacharear.

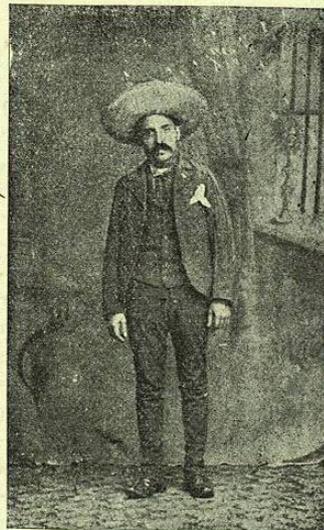
Iba los jueves y los domingos á hacer la compra en el Mercado de la *Merced*; concurría á misa los domingos y fiestas

de guardar, no por cumplir con uno de los mandamientos de la Doctrina Cristiana, sino por ir y venir, y ver la gente, y lucir los zapatos nuevos, y el *tápalo* con veta arrasada—envidia de criadas de la vecindad y motivo de cuchicheos entre la portera y el remendón de la esquina.

En las tardes de los días festivos se daba sus escapaditas al *Zócalo*, y hubo domingo que se atreviera, muy de mañana y á salto de mata, á escurrirse hasta la Alameda.

* * *

Las primeras cartas se las había escrito un *evangelista* del portal; pero como la viera Pedro—que ya la miraba con buenos ojos—le dijo: «*Mialma*, déjese de figuras, yo le escribo de puro *güeno*; *nomás* dígame que ya le estoy pendoleando con *mejor puestas* que el más pintado *manchatinta*.»



Desde aquel día Perico escribía; y el muy ladino se ofreció á depositar personalmente las cartas en el buzón, dizque por ser más seguro y pronto el franqueo; pero no efectuaba lo ofrecido, sino se embolsaba las cartas que se le deshacían en el bolsillo de puro viejas.

Con el mucho escribir palabritas cariñosas y azucaradas; con el tanto hablar de amor y de ilusiones, con el más ofrecer dichas sin cuento y prometer esperanzas halagüeñas, Romualda se fué aficionando de Perico; y cuando éste estampaba «amor

mío», envolvía á Romualda en una mirada tal como una llama, donde el pensamiento para el novio ausente quemaba sus alas.

En la cocina comían juntos, casi en el mismo plato; Romualda propia servía los bocados más sabrosos en el plato del criado; un día se pusieron á retozar por una manzana; Pedro la quería y Romualda no se la daba; llegaron á asirse de las manos; después el astuto de Perico abrazó á Romualda por la cintura.... ¡bruto! ¡grosero! ¡atrevido!....—exclamaba la fámula muy sofocada—terminaron por enfadarse; desde ese entonces Pedro comió aparte, en un rincón de la cocina, y Romualda sobre el fogón, dándole las espaldas á Perico; así reñidos duraron como dos semanas hasta que hicieron las paces un domingo.

* *

Era medio día; Perico no ponía piés en la casa del amo desde las ocho de la mañana; hubieron de mandar á Romualda á hacer los mandados; salió la *jarocho*—como le decían, para mal llamarla, las chismosas del vecindario—con pie ligero para no tardarse en la calle; en la esquina estaba un bofracho hecho una equis y vociferando *ajos*; todo fué que viera á Romualda con su paso de perdiz, cuando empezó á decirle chicoleos; la muchacha apresuró la marcha; pasaba por la pulquería LAS VESTALES en momentos que escuchó un silbido que le era familiar; no hizo caso y siguió de largo; de ahí á poco sintió que el que venía trás de ella le pisaba los talones; después se le acercó el *charrito*—que de tal andaba vestido—asediándola hasta aconcharla y ponerle cerco infranqueable con los brazos abiertos y las manos apoyadas sobre la pared y á ambos lados de los hombros de Romualda, la que, hecha un ovillo, parecía presa cogida en traidora trampa.

—¿Pós á poco que no te alcanzo, *jarocho*?

¿De qué te la echas, *chula*?

¿Una *chica* ó una *grande*?

Perico estaba medio chispo con un cuarto de pulque *curado* que se había metido entre pecho y espalda en EL RISO DE HORO, como decía el letrado con una cabellera rubia por muestra más grande que la de Berenice.

Romualda estaba en un brete; no sabía qué hacer, si gritar ó callar; por de pronto se encomendó á Santa Rita, abogada de imposibles; pero, quieras que no, Perico la arrastró á la pulquería.

—¡Nó, nó!—decía llorosa—¡si yo no bebo eso! ¿Qué dirá don Nacho *en cuanto* lo sepa?

—No te *apercolles, chula; arrigúlate* que le soplan al *pinche* de don Nacho.... ¿Y qué? ¿quién nos *tlacha*? ¡*Naiden!*..... ¡Ni que *juera eclis!* ¡Anda, *chatita*, no te *arrugues*; ya sabes que conmigo no anda el *jambre* y tienes pasto hasta el cincho y agua hasta la barbadá!..... ¡áscale! *pasa al barrio*, chaparrita, que el de piña se *redama* en el cubo, *pos* ya le echaron *colonche* al *guaje!* Conque..... ¡al hecho y sin compromiso, pecho á tierra y sin *chacualiar!*

(Romualda haciendo gestos bebe el pulque de un solo trago).

—¡Otras, patrón, pero más *vacías*, que á mi no me tiemblan los *dedales* ni *me se zuñiguea* el suelo!

—¡*Jesú Mari José!*..... ¡Yo no tomo *má!*..... ¡*Baramba* con el *crijtiano!*.....

* *

—¡Viva Calpa y los pájaros del Norte!

—¡Já, já, já.... ¿qué.... *jara*..... Pancho.....?

—¡Pancho.....! ¡Pancho.....! ¡no me lo.... ¡hip! mientes..... porque mira..... ¡hip!..... no más de..... *vicentear*..... ¡hip!..... su *estampa*... con..... es—¡hip!—te traste..... le doy—¡hip!—agua.....

